

Sr. José Alcántara Almánzar
Galardonado Premio Nacional de Literatura 2009

Palabras de agradecimiento

Estoy muy emocionado y feliz por la presencia de todos ustedes. Su compañía constituye un hermoso obsequio del amor y la amistad, sin los cuales el galardón que acabo de recibir carecería de sentido. Antes de agradecer públicamente a quienes lo hicieron posible, permítanme contar la historia de un zurdo contrariado que quiso ser músico y acabó como oficinista; un sociólogo que pasó su juventud enseñando, convencido de que la educación redime a los pueblos; un lector insaciable que terminó siendo escritor, por mor de una arraigada vocación, y encontró en la literatura un recurso de supervivencia.

El breve relato de este sujeto comienza con su nacimiento, la tarde del jueves 2 de mayo de 1946. Sus padres —una pareja casi iletrada que había emigrado del este a la capital en busca de nuevos horizontes—, lo llamaron José Gabriel. Don Lolo, chofer; doña Ana, ama de casa; ambos con principios familiares que legaron a sus hijos en la Villa Francisca de mediados del siglo pasado. Esa barriada de obreros y modestos empleados fue donde creció Josecito y anduvo rumbo al colegio salesiano y soñó una y otra vez con inasibles muchachas en flor. Ese mozalbete encarnaba una visible contradicción, casi un absurdo, porque en vez de jugar pelota leía rimas Bécquer y nunca pudo construirse un cuerpo atlético ni aprendió a nadar, aunque consultara manuales de culturismo y natación moderna.

Nuestro señor don Quijote y los místicos españoles fueron sus aliados. Pasaba horas deleitándose con las peripecias del enjuto caballero manchego, o fascinado por el exquisito fray Luis de León: "¡Qué descansada vida la del que huye el mundanal ruido,...!" Un orbe recóndito crecía a ritmo música clásica y libros. Y surge la pregunta inevitable: ¿Qué diablos hacía ese joven taciturno, entre novelas y óperas, el Siglo de Oro y Beethoven, sentado al piano que doña Ana le había comprado por sesenta pesos, empeñándose en tocar un vals o una romanza? Así pasó la adolescencia, solo, desterrado de su propio entorno, en un voluntario ostracismo interior que lo marcó para siempre.

La vida se encargaría de aleccionarlo cuando su hermano Hugo cayó preso por aquel complot contra Trujillo en enero de 1960. El mundo adquirió otro sentido, hasta entonces oculto, y él descubrió súbitamente las tenebrosas fauces de la tiranía. Como si fuera poco, sobrevino la dolencia cardíaca de don Lolo y se acentuó la pobreza familiar que puso a prueba tantas cosas. Y Josecito se lanzó a trabajar, sin preterir la literatura ni la música ni desprenderse de José Ingenieros, que nutría sus ideales de perfección. En el liceo nocturno Hostos, aturdido por el golpe de Estado y la Guerra de Abril, no tardó en sustituir *El hombre mediocre* por el *Manifiesto comunista*, utopía revolucionaria con la que Marx y Engels encendieron las hogueras de tantas generaciones en todo el planeta.

Sin embargo, algo maravilloso resplandecía a la distancia en el sendero, aunque él no lo vislumbrara, inmerso en los estudios, el trabajo en Planeamiento Urbano y, desde 1969, su ocupación de profesor. Ser maestro fue para él una vocación imperativa que comenzó en el Colegio Loyola —su escuela primigenia—, en un período de alentadoras promesas y expectativas. Allí conoció a Ida Hernández Caamaño, que lo deslumbró con su belleza, inteligencia y contagiosa simpatía. Al principio intercambiaban lecturas e inquietudes, pero él se enamoró perdidamente, cautivado por la hermosura y la alegría de aquella feminista medio hippie, que estudiaba derecho y solía bailar y cantar, acompañándose con la guitarra. Él, sin “tigueraje” y de escaso atractivo físico, pero taurinamente obstinado, creyó que con sólo fantasear tocaría el cielo. Y la quimera se convirtió en realidad, a golpe de palabras, cuando contrajeron matrimonio el 17 de diciembre de 1971, integrándose José como una especie de hermano mayor a la familia Hernández Caamaño.

Con Ida, en las buenas y en las malas, José ha vivido experiencias capitales. Juntos han conocido el amor apasionado, la solidaridad, la esperanza, el tedio nunca; y él consolidó su vocación magisterial, atravesando un vasto territorio habitado por miles de alumnos: el Loyola, el Domínico, la UNPHU, el INTEC, un *college* de Alabama. Ella, también escritora, magnífica para administrar, invertir, cocinar, lo ha acompañado en sus afanes de asesor editorial; ha sido apoyo y testigo privilegiado en la publicación de sus libros. Pero lo esencial es que con ella procreó tres hijos que son su principal razón de ser: Ernesto, bueno, cabal, disciplinado; Yelidá, aguda, sensible, cuyos ojos verdes encierran un insondable misterio; César, impulsivo, cariñoso, tan alto como su corazón. Con ellos ha constatado que el amor es un bien inconmensurable.

Así, Ida y José andan de la mano desde hace casi cuatro decenios, en los que han compartido un universo de sentimientos y vivencias, por lo que ya les sería difícil imaginarse separados. Juntos han visto llegar la madurez, la pérdida de las ilusiones. Después de tanto batallar en clase, José tuvo la dolorosa certeza de que era profesor de un tiempo pasado, portavoz de unos valores que ahora muchos consideran obsoletos. De ahí su desencanto y retiro de las aulas. Ambos han imaginado un futuro promisorio para sus hijos y nietos, en un país que han visto transformarse y al que hoy miran con las preocupaciones propias de su edad. Conscientes de que el “arrabal de senectud” se aproxima, enrumban sus pasos con los ojos abiertos, y aunque “saber es peor” —punzante conclusión de un inolvidable cuento de Juan Bosch—, reconocen que la mirada alerta es preferible al desdén de los apáticos.

Los últimos lustros los ha pasado José como director cultural en el Banco Central de la República Dominicana, que él define como una entidad de elevados quilates donde ha recibido lecciones magistrales. En esa corporación, trajinando de la biblioteca al museo, con un programa de libros que ocupa buena parte de su tiempo, ha llegado a conocer mejor los laberintos del alma, afinando destrezas para sortear los escollos del devenir. Allí ha tratado de ser útil a quienes han confiado en él, lo que vendría un poco a responder la reiterada pregunta: “¿Y qué hace un escritor en un banco central?”

José recibe conmovido este premio en su condición de narrador, ensayista y crítico, por el trabajo de casi cuatro décadas. Escribir ha sido para él aventura, fervor, enigma. Por eso no se cansa de repetir el aforismo de Octavio Paz: “Escribimos para ser lo que somos o para ser aquello que no somos. En uno y otro caso, nos buscamos a nosotros mismos. Y si tenemos la suerte de encontrarnos —señal de creación— descubrimos que somos un desconocido”. Nadie elige ser escritor o artista: lo es porque resultó inevitable. De todos modos, no existe obra literaria que valga la pena sin una ética personal que la sostenga.

A José no le corresponde evaluar su labor. Apenas decir que el cuento constituye para él un orbe mágico de búsquedas sin fin, con el que ha tratado de llegar al corazón de su pueblo, valiéndose de esa tensión e intensidad tan características del género. Con el ensayo ha explorado otras zonas, de la semblanza al relato de viajes, de los conceptos del oficio al análisis de la sociedad y la cultura. Con la crítica se ha propuesto una aproximación a las obras de los

demás, en un esfuerzo de comprensión y explicación de los valores literarios, ajeno a la malignidad y la arrogancia, para reconocer méritos ajenos y alentar vocaciones en ciernes. Ignora si lo ha conseguido. Sólo sabe de su deseo de ser libre en la creación literaria, honesto en los juicios, atinado en los análisis, con el mayor rigor posible, en pos de una obra que se despliega con paciente lentitud, al margen de engaño, improvisación, vulgaridad, estridencia.

En ese tránsito hacia esferas intangibles donde conocimiento e intuición son requisitos cruciales, ha contado José con la guía y amistad de grandes escritores dominicanos. Imposible mencionar a todos, pero hay cinco que fueron decisivos para él.

De Héctor Incháustegui Cabral, ese “viejo león de dentadura postiza y limadas garras”, aprendió sobre los riesgos del poder para el escritor. De Freddy Gatón Arce, poeta insomne y empecinado viajero, las excelencias de un trabajo meticuloso que no espera recompensa. Del inmenso Manuel Rueda, el grave peso del rencor cuando un artista excepcional se niega a contemporizar con los mediocres. De Virgilio Díaz Grullón, caballero sin espada ni armadura, la lección es que la humanidad de un escritor enaltece su obra. Y de Máximo Avilés Blonda, homólogo de los varones bíblicos de su poesía, aprendió las bondades de la vida familiar y las inconsecuencias de un medio cultural hostil.

José se aproxima al final de estas palabras y procede a cumplir lo que prometió al inicio. Gracias de todo corazón a los honorables miembros del jurado, integrado por el escritor José Rafael Lantigua, Secretario de Estado de Cultura; los rectores magníficos de la UASD, la PUCMM, la UNPHU, la UCSD, la UCE, el INTEC, la Fundación Corripio. Gracias también a las Academias de la Historia, de Ciencias y los Bibliófilos, por su respaldo.

Mención aparte de su especial gratitud a don José Luis Corripio Estrada, doña Ana María Alonso de Corripio: sus hijos Manuel, Lucía, José Alfredo y Ana, por sus consideraciones y su decencia, desde los tiempos de la antigua revista *¡Ahora!* Muchos definen a don Pepín como un riquísimo empresario. Se trata de una visión incompleta y superficial, pues él es también un sabio mecenas, que a diario da invaluable lecciones de austeridad, prudencia, pragmatismo.

Muy sentidas gracias a Jeannette Miller, la gran escritora de su generación, por su amistad y hermosas palabras, esperando honrarlas con obras y acciones. Al historiador amigo José Chez Checo, por su dinámico apoyo. Al excelente músico y escritor Jacinto Gimbernard; al historiador y maestro Jorge Tena Reyes; a la amiga Pilar Albiac, especie de “psiquiatra en su hogar” de sus colegas de la fundación. Trabajar junto a ellos constituye para José un verdadero regocijo

Especial agradecimiento a los Premios Nacionales de Literatura de años anteriores que expresaron su sentir. A los que han escrito en la prensa; a los le han enviado tarjetas, cartas, mensajes electrónicos, o le han telefoneado, demostrando así que el afecto es el obsequio que acompaña al premio.

Ya para terminar, José Alcántara Almánzar desea agradecer a todos ustedes por acompañarlo en esta memorable noche y, aunque parezca un lugar común, expresar su profundo amor y gratitud a Ida, Ernesto, Yelidá, César, y a los retoños Daniel y Natalia. En primer término, por lo que significan para él, y después por el tiempo que le han regalado para soñar, abstraído en su sillón de “viajero inmóvil”, mientras la lectura allanaba el camino para apropiarse de ellos, hasta convertirlos en entes indispensables de su ser.

Santo Domingo, República Dominicana, miércoles 25 de febrero de 2009.